

LA DOCTRINA DE LA CREACIÓN

Declaración oficial

(Adoptada por el Presbiterio General durante la sesión del 4 y 5 de agosto de 2014)

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1).¹

La Biblia comienza con la historia de la creación, expresa desde el principio que Dios es el Creador, y reitera esta comprensión de los orígenes desde Génesis hasta Apocalipsis. Las enseñanzas de la Biblia acerca de la creación son fundamentales para la fe cristiana.

Al estudiar la doctrina bíblica de la creación, se debe entender que la Biblia no afirma ser un libro de texto científico. Tampoco se debe esperar que la Biblia, que pretende comunicar un mensaje a la gente a través de las edades, utilice terminología científica moderna. No obstante, la Biblia declara por sí misma que es confiable y veraz en todo asunto que enseña, sea en materia de fe, de historia, o del orden creado. “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16). Afirmamos con Jesús la autoridad, certeza, e irrevocabilidad de la Palabra eterna de Dios, ya que “la Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35; Mateo 5:18).

Dios es el Creador de todas las cosas

En los relatos de la creación de Génesis, y a través del Antiguo y Nuevo Testamento, la Biblia enfatiza que Dios es el Creador, no sólo de la tierra y de sus habitantes, sino de todo lo que existe (Éxodo 20:11; Nehemías 9:6; Salmo 146:6; Hechos 14:17; Apocalipsis 4:11; 10:6).

El relato bíblico contrasta marcadamente con el pensamiento del antiguo Cercano Oriente que tendía a ser dualista, y enseñaba que el universo existía en cierta forma junto con los dioses. En las mitologías antiguas, se concibe que los dioses crearon algunas cosas, pero siempre a partir de materiales preexistentes. Sin embargo, la declaración bíblica de que Dios es el Creador de todas las cosas lo distingue de estos dioses paganos y sus ídolos (Salmo 96:5).

Los materialistas contemporáneos suelen creer también que la materia es eterna y que conforma la suma total de toda la existencia. Por consiguiente, la teoría de la evolución supone que el universo y todas las formas de vida, incluyendo los humanos, evolucionan de forma espontánea a través de fuerzas mecánicas, sin ser guiados por ninguna inteligencia externa, divina o de otro tipo.

Contra éstas creencias, la Biblia acepta y enseña con claridad que Dios existía antes de todas las cosas (Salmo 90:2). Es más, Él trajo el universo a la existencia a partir de la nada (*ex-nihilo*); es decir, sin materiales preexistentes (Romanos 4:17; Hebreos 11:3). Por tanto, la creencia en la eternidad de la materia, y la teoría de que el universo evolucionó por sí mismo son inconsistentes con la fe bíblica y contrarias a ella.

La realidad de la creación

Los capítulos 1 y 2 de Génesis describen con exactitud cómo creó Dios los cielos y la tierra. Con un lenguaje que parece emplear tanto la prosa como la poesía, y que contiene tanto elementos literarios como simbólicos. El relato es una narración sencilla, aunque también hermosa y convincente, y su fin es hablar a la gente de todas las edades.

¹ Todas las citas de la Biblia son extraídas de la versión Reina Valera 1960.

La creación, de elaborado diseño y delicado balance, es tan compleja que los humanos nunca serán capaces de comprenderla del todo; sólo el Creador mismo puede hacerlo. No obstante, el mensaje de que Dios es el único Creador se ha comunicado claramente a todos los que han escuchado y leído el relato de Génesis a través de los tiempos. La sencillez, el poder, y la belleza de estos relatos de la creación contrastan de manera vívida con los mitos paganos del antiguo Cercano Oriente.

Algunos han argumentado que los primeros dos capítulos del Génesis son poéticos y que deberían interpretarse como parábolas. Sin embargo, una comparación de referencias poéticas en torno a la creación (Deuteronomio 32 y 33; Job 38:4–11; Salmo 90; 104:5–9) indica que el relato de Génesis tiene forma de prosa, aunque es posible que contenga lenguaje poético. Pero, aun así, en la Biblia la poesía a menudo describe —como en otra literatura— hechos históricos reales, por tanto, el uso de la poesía no significa que este relato sea ficticio.

Sólo Dios puede crear

También es evidente que ninguna parte de la creación de Dios, sea ángel o humano, es creativa en el sentido en que Dios lo es. La palabra hebrea para “crear” (*bara*) siempre presenta a Dios como sujeto del verbo. Esta palabra se usa para la obra de Dios en la creación, y también para indicar que Dios hará algo inusual y sin precedentes. Por ejemplo, se usa cuando Dios dice a Israel en el Sinaí: “Haré maravillas que no han sido hechas [*bara*, “creadas”] en toda la tierra, ni en nación alguna” (Éxodo 34:10).

La trascendencia del verbo hebreo *bara* se ilustra también cuando Dios habla a su pueblo terco a través de Isaías: “Ahora, pues, te he hecho oír cosas nuevas... Ahora han sido creadas [*bara*], no en días pasados” (Isaías 48:6-7). Así como en el primer capítulo de Génesis, el término *bara*, “crear”, se usa sólo en relación con hechos de Dios completamente nuevos o sin precedentes. Es decir, habla de la creación de los cielos y la tierra en el principio, de la creación, de la primera vida animal en el mar (Génesis 1:21), y del hombre y la mujer, creados a la imagen de Dios (1:27). En otras ocasiones, se usan las palabras “hacer” (*‘asah*) y “formar” (*yatsar*). La palabra “crear” (*bara*), por tanto, enfatiza que sólo Dios es el gran Creador de todo.

La creación de Dios tiene propósito

En la creación, Dios tenía un propósito establecido. Él creó “para sí mismo” (Proverbios 16:4) y para su gloria (Isaías 43:7). Él “es Dios, el que formó la tierra, para que fuese habitada” por sus criaturas animadas (Isaías 45:18). Por ende, toda la creación es una expresión de su voluntad y su poder.

Es más, el relato bíblico de la creación incluye orden, progreso y una culminación. El orden se ve en la estructuración cuidadosa de las diferentes etapas de la actividad creadora en un formato de seis días, desde la tarde hasta la mañana. El progreso puede verse en el desarrollo secuencial, en la fructificación de la tierra y de sus habitantes, y en el incremento de la atención personal que Dios puso en su labor creadora. Respecto de la vegetación, leemos que Dios dijo: “Produzca la tierra hierba verde... Y fue así” (Génesis 1:11-12). Respecto de los animales, leemos que Dios dijo: “Produzca la tierra hierba verde... Y fue así” (vv. 24-25). Pero de la raza humana, valiéndose de un lenguaje plural y sumamente personal, dijo Dios: “Hagamos al hombre... Y creó Dios al hombre... varón y hembra los creó” (vv. 26-27). La raza humana es, por lo tanto, la culminación de la actividad creadora de Dios.

Los relatos bíblicos exhiben intencionalmente una planificación cuidadosa e inteligente, y descartan la idea de que cualquier parte de la creación llegara a existir de pura casualidad. Dios procedió con sabiduría, mantuvo el control en todo momento (Salmo 136:5; 148:5; Isaías 45:12; 48:12-13), y llevó todo el orden creado a una culminación bien planeada (Génesis 1:31).

La naturaleza del Creador

Es importante notar que las Escrituras no centran tanto la atención en los detalles técnicos de la actividad creadora de Dios como en el Creador mismo. En Génesis 1:1 a 2:3, la presencia y actividad de Dios son primordiales. Leemos que “Creó Dios”, “Dijo Dios”, “Vio Dios”, “Separó Dios”, “Llamó Dios [nombró]”, “Hizo Dios”, “Puso Dios [colocó]”, “Bendijo Dios” y “Dios... descansó”. El Dios de la creación actuó de forma deliberada y decisiva a través de la palabra que sale de su boca para llevar a cabo sus propósitos previstos (Isaías 55:10).

El relato de la creación muestra que Dios es inteligente, afectivo y personal. A diferencia del panteísmo, Él se distingue de su creación (Salmo 90:2). A diferencia del deísmo, Él mismo continúa cumpliendo un papel activo en su obra; Él la mantiene, sostiene y protege (Nehemías 9:6) y, a su tiempo, la conducirá a su consumación (Romanos 8:20–21; Colosenses 1:16–17; 2 Pedro 3:13; Apocalipsis 20–21).

El carácter relacional del Creador puede verse en su comunión con la primera pareja humana y sus expectativas para con todas sus criaturas humanas. Los seres humanos han de adorarle y servirle como el Creador (Isaías 40:26, 28, 31). A la vez, se les advierte que no contiendan con su Hacedor (Isaías 45:9). Deben comprometerse a preservar sus almas para Él mientras hacen el bien, encomendándose a su fiel Creador (1 Pedro 4:19). También han de reconocer que su ayuda viene de Aquel que hizo los cielos y la tierra (Salmo 121:2; 124:8; 146:5-6), y mientras Él lleva a cabo su propósito eterno, no hay nada que sea demasiado difícil para Él (Jeremías 32:17).

Una obra de la Trinidad

La Biblia también enseña que la creación fue una labor de colaboración de la Trinidad. Además de nombrar a Dios [el Padre] como Creador, el Antiguo Testamento muestra que “el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Génesis 1:2; Salmo 33:6-7). A la vez, el Nuevo Testamento revela que Jesús [el Hijo], quien es el único Mediador entre Dios y la humanidad caída (1 Timoteo 2:5), fue el Agente activo de la creación: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra” (Colosenses 1:16). Esta verdad también se evoca en el evangelio de Juan: “Todas las cosas por él [Jesús, el Verbo] fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Juan 1:3).

Dios creó a los humanos

El relato de la creación describe a los humanos como la culminación de la actividad creadora de Dios. Su singularidad se describe en dos relatos separados y complementarios. Génesis 1 es un resumen escueto de toda la creación mientras que Génesis 2 señala que Dios prestó atención personal y particular a la creación de Adán y Eva. Es significativo que Dios haya dicho sólo respecto de los seres humanos: “Hagamos al hombre [al ‘ser humano’, no al ‘varón’ exclusivamente] a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree... en toda la tierra” (1:26). Las creaciones inanimadas y animadas anteriores no se describieron de esta manera. En esas actividades creadoras, Dios simplemente dijo: “Haya... Y fue así” (como en Génesis 1:6-7).

Por ser creados a la imagen de Dios (Génesis 1:26-27), los seres humanos son libres y racionales, tienen la capacidad de apreciarse a sí mismos y de expresarse, como también de tener un sentido moral y espiritual; y fueron creados para tener comunión unos con otros y con Dios. Que la primera pareja humana, hecha a la imagen de Dios, cayera y guiara así a la raza humana al pecado (3:1ss) no fue precisamente una sorpresa para el Creador, quien decidió crearlos de todos modos y redimirlos a través de Jesucristo. Es cierto que la imagen de Dios

grabada de manera divina en la raza humana sería dañada por el pecado (Génesis 3), pero Jesucristo fue destinado “antes de la creación del mundo” (1 Pedro 1:20) para redimir a la humanidad caída e incluir a su pueblo redimido en la reconciliación final del universo (Romanos 8:21; 1 Corintios 15:20-28; Efesios 1:4; Colosenses 1:19).

Si bien algunos piensan que el relato de la creación del ser humano es mera poesía y que no debe interpretarse de forma literal, Génesis declara enfáticamente que Dios formó a Adán del polvo de la tierra e infundió en él aliento de vida (2:7). Luego, Dios creó con intencionalidad a Eva de la costilla de Adán [quizá “del costado”] (2:22). Se declara que ambos, Adán y Eva, varón y mujer, fueron creados a “imagen” y “semejanza” de Dios. Estos actos creadores, delineados con cuidado, indican que los seres humanos son distintos de los animales. Dios no formó a Adán de alguna creación preexistente (1 Corintios 15:39). Cualquier teoría de la evolución —incluso la evolución teísta o el creacionismo evolucionista, que sostienen que todas las formas de vida surgieron de una ascendencia común— queda excluida.

Además, el Nuevo Testamento considera al primer Adán un personaje histórico (Romanos 5:14; 1 Corintios 15:45; 1 Timoteo 2:13-14). La genealogía de Lucas nombra a Adán como el primer ser humano (Lucas 3:38). Asimismo, al citar Génesis 1:27 como una fuente de autoridad, Jesús señaló “que [Dios] los hizo al principio, varón y hembra los hizo” (Mateo 19:4; Marcos 10:6). Pablo habló de Adán y Jesús como personajes históricos, reconociendo a Adán como el principio de la raza humana: “Porque Adán fue formado primero, después Eva” (1 Timoteo 2:13). “Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente” (1 Corintios 15:45) y “Adán, el cual es figura del que había de venir [Cristo]” (Romanos 5:14). Pablo definitivamente conecta a Adán con Cristo, “el postrer Adán”. Adán es el único “hombre” por quien entró el pecado y la muerte (Romanos 5:12; 1 Corintios 15:22). Judas 14 también cita a Adán como el primero de la raza humana.

Afirmamos con fuerza que Adán y Eva fueron personajes históricos reales que cayeron en pecado (Génesis 3). La redención nuestra y de ellos se ha efectuado en la historia a través de Cristo, el “segundo Adán”. Sugerir que Adán no es un personaje histórico, creado por Dios de manera singular, puede implicar el menosprecio de enseñanzas bíblicas esenciales sobre la naturaleza de la humanidad, su caída en el pecado y tal vez hasta la naturaleza de Cristo mismo.

La creación y la ciencia

Los escépticos con frecuencia han utilizado los descubrimientos científicos para cuestionar la veracidad de los relatos bíblicos. Frente a estas declaraciones, los científicos creyentes y los eruditos bíblicos sostienen que no hay un conflicto fundamental entre la Palabra de Dios y sus obras. Las teorías de los científicos cambian de continuo a medida que surge nueva evidencia. Por contraste, cuando las Escrituras se interpretan correctamente, son siempre la autoridad final e inalterable de la fe cristiana.

Históricamente, los cristianos han creído que “toda verdad es verdad de Dios”. Dios se revela a sí mismo de modo definitivo y con autoridad en las Escrituras, su revelación especial. De modo complementario, y sin contradicciones, Él también se da a conocer en la revelación general de su orden creado. No es de sorprender que muchos científicos observaran que el universo está organizado para sostener la vida. Hay muchas constantes que, si fueran incluso un poco diferentes, harían que la vida como la conocemos fuera imposible. Estas observaciones son consistentes con el testimonio del antiguo salmista: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras” (Salmo 19:1-2, 4).

En definitiva, cuando la Palabra y la obra de Dios se entienden como es debido y son

enseñadas por eruditos reverentes, no hay desunión. “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1:20). Dios se ha revelado a sí mismo de tal manera, que nos invita a examinar su naturaleza, tanto a través de la Palabra como de su obra, la Biblia y la investigación científica.

Para concluir, afirmamos que Dios, y sólo Dios, es el artífice y Creador del universo y de la vida. La Biblia, de principio a fin, identifica a Dios como el Creador. “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (Hebreos 11:3). “Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Salmo 33:9).